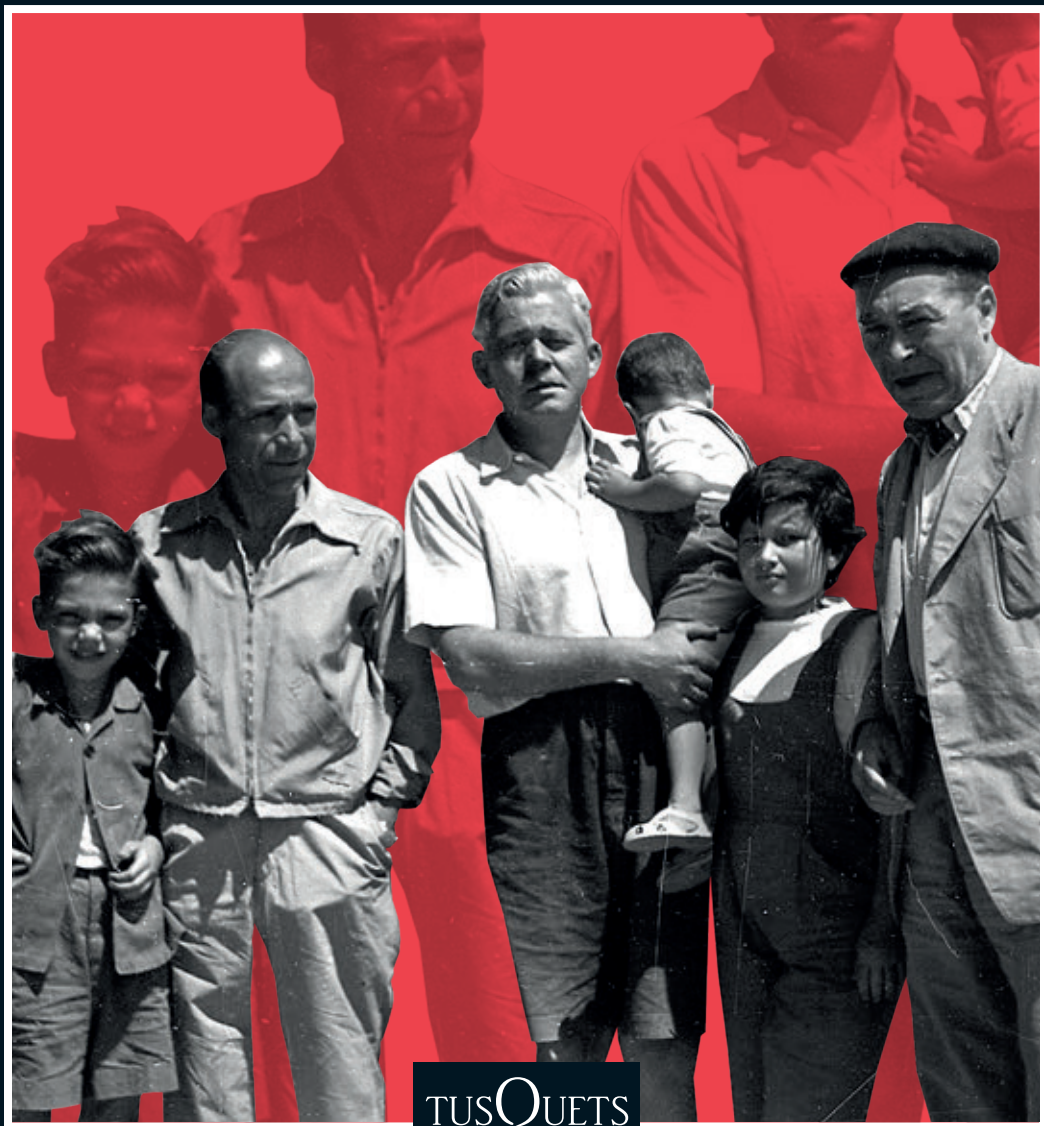


Jordi Amat

EL HIJO DEL CHÓFER

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

JORDI AMAT
EL HIJO DEL CHÓFER

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: noviembre de 2020

© Jordi Amat Fusté, 2020

Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-9066-871-9

Depósito legal: B. 13.416-2020

Fotocomposición: David Pablo

Impresión y encuadernación: Black Print

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Prólogo. Pla agoniza	11
1. El hijo del chófer	17
2. Ángulo muerto	45
3. En Transición	69
4. Banca rota	107
5. La fuerza del mito	139
6. La trama	181
7. A la deriva	213
Epílogo. El fin de la tragedia	241
Nota del autor	249

1 El hijo del chófer

El único hijo del matrimonio Quintà Sadurní nace en Figueres el 28 de agosto de 1943. Fue en el Carrer Nou, aunque han vuelto a cambiar el nombre y ahora es la avenida José Antonio. Ese día de verano, en esa pequeña ciudad del norte de Cataluña y cercana a la frontera con Francia, nace el hijo de Josep y Lluïsa: Alfons. La familia de la madre regenta una zapatería ubicada en la principal avenida comercial de la ciudad: El Globo. Josep Quintà, que tiene treinta años cuando nace su hijo, se dedica al textil. Es viajante y para hacer su trabajo tiene algo que en esa España pocos tienen: vehículo propio. La vida es difícil. La posguerra es mísera. Un día, en el guardabarros de su coche, Quintà oculta zapatos que roba en la tienda de la familia de su mujer. Los quiere revender. Lo descubren. La relación con los Sadurní se degrada.

A Josep Quintà no le gusta estar en casa y le gusta hacer favores. Manuel Brunet le pide uno. ¿Puede llevarlo en su coche a Palafrugell? Para Brunet la vida tampoco es fácil. El mundo donde este periodista había brillado ha desaparecido. Ahora sobrevive escribiendo artículos reaccionarios sobre el curso de la Segunda Guerra Mundial. Los publica en

el semanario que tiene como colaborador estrella a Josep Pla: *Destino*. Brunet quiere verse con Pla. Quintà acepta. Lo acompañará. Le gusta conversar y aproximarse a la gente interesante. Tipos como el periodista Brunet. Tipos como Pla. El 6 de diciembre de 1944 aparca su coche en la cercana y silenciosa Palafrugell. Pasan unas horas con unos amigos. Brunet los conoce. Quintà todavía no. Y no saben que en ese país sin libertad alguien les está vigilando.

El guardia civil de Palafrugell ha recibido una orden clara de la superioridad policial de la provincia. Es probable que en la localidad, en la casa en la que Brunet y Quintà están entrando, se celebren de forma periódica reuniones de conspiración política. El policía llama por teléfono a la central de Girona e informa sobre quiénes estaban presentes en la casa, que es propiedad de Pere Pla, el hermano del escritor. Entre seis y ocho personas. Al día siguiente redacta un informe ampliando la información. Había sido otra reunión de un grupo de amigos del pueblo a la que se habían sumado los dos hombres del coche. Brunet es conocido, Quintà no. El policía redacta una breve nota sobre él: «Corredor mercantil, domiciliado en Figueres, calle José Antonio ignorándose el número (sus suegros son dueños de la zapatería El Globo)». Esa noche Josep Quintà conoce a quien va a convertirse en el hombre de su vida. Josep Pla. Vive solo en la casa de campo familiar, tiene la diabólica manía de escribir, se va acercando a los cincuenta y no tiene coche. Es así y en aquel momento cuando empieza la relación entre ellos dos.

Dedicatoria manuscrita en un ejemplar de *Costa Brava. Guía general y verídica*, fechada en agosto de 1945: «Querido Quintà, muy agradecido y con la amistad de siempre». Medio año después, una segunda dedicatoria en otro ejemplar del mismo libro. Ahora, al matrimonio Quintà Sadurní, y fechada en Figueres. Ya no son solo palabras de compromi-

so, porque en algunas ocasiones Pla cena con el matrimonio y el niño en el piso de la avenida José Antonio. Lluïsa cocina muy bien. Y a los dos les agradece su colaboración para redactar el libro. ¿Cómo le han ayudado? Pocos meses después Pla amplía la dedicatoria de ese ejemplar. Otra vez en Figueres, coincidiendo con las fiestas patronales de la ciudad. Escribe a mano que algunos de los itinerarios de la guía están incompletos, pero los escribirá después del verano tras haber navegado por esa parte de la costa con los amigos pescadores de Quintà. Quintà tiene un velero amarrado en el puerto de Roses. Un Tumlare. A Pla le gusta navegar en esa barca. En ocasiones les acompañan los viejos pescadores del lugar. Pau de la Menuda. Joan Calons. Baldiri Gallinaire. Pep Cantina. Josep Pla los escucha y se inspira en ellos para escribir cuentos sobre geografía humana.

El niño Alfons también los escucha. En su conciencia, la navegación con el padre y la sagacidad de los pescadores será el sol de la infancia. Pero en la avenida José Antonio, acumulando días a solas con su madre, demasiadas veces la vida es como una noche oscura. Estudia en un buen colegio: los Hermanos de las Escuelas Cristianas de La Salle, que todos llaman Los Fossos. Algunas familias bien de la comarca escolarizan allí a sus hijos; la escuela cuenta con buenos profesores, que no se limitan a repetir el catecismo nacional-católico. Pero algo raro hay en el niño Quintà. No porque juegue al siete y medio usando garbanzos con los abuelos Sadurní. El problema no es que más de una vez se abra la cabeza jugando. Lo extraño son los problemas de relación con sus compañeros. Gasta bromas poco habituales, gamberradas que no se olvidan. Como tantos niños de posguerra, forma parte de una agrupación de *scouts* y pronto demuestra afición por la lectura. Le gusta pasear por el centro de la ciudad. En el Novel de la Rambla se acerca al escritor Carles

Fages de Climent —un buen amigo del figuerense Salvador Dalí—, que le recomienda que lea clásicos como Plutarco y Marcial. A veces se acerca al taller de un talabartero que está cerca de casa. Le gusta verle trabajar. Pero un día la persiana está cerrada y nadie le sabe explicar dónde se encuentra el artesano a quien admiraba. Escuchará un cuchicheo. Aquel hombre se había quedado sin trabajo. Se suicida.

Alfons crece entre la oscuridad moral de una Figueres donde los ricos son franquistas y contrabandistas, y la luz de la bahía de Roses, donde disfruta de una vida familiar plena y plácida. Esa claridad ilumina dos instantáneas. Están ellos dos. Nadie más. Padre e hijo. Josep y Alfons. Ellos dos y nadie más. En una, ambos están de pie en un extremo del barco, enganchado el cuerpo del uno al del otro, subiendo abrazados la vela, sonriendo a cámara. El hijo lleva una gorra de pescador en la mano. Se la han dejado los viejos pescadores que aparecen en otras imágenes. En la otra fotografía familiar el padre sostiene la misma gorra. Otra vez solos los dos, en la playa tras un baño. Elegantes como siempre, muestran naturalmente el torso. Un gesto de amor filial. ¿Cuántos años tiene? Alfons está a punto de cumplir los nueve o los diez. Todo, por entonces, es radiante. O lo parece. O lo puede ser. Pero tampoco están solos.

Hay otra fotografía en esa serie. Sigue siendo Roses, pero no están ni en la playa ni en el mar. Es en la calle del pueblo costero. El sol impacta en la frente de Josep Quintà, que no puede seguir mirando a la cámara. Guarda una mano en el bolsillo mientras apoya el brazo sobre la espalda de su hijo. Padre, hijo y coche. El Lancia de los Quintà. Ellos dos y unos amigos. En un extremo de la imagen, Pla. En el centro, un hombre de mediana edad que irradia plenitud. También veranea allí. En la imagen tiene a un niño pequeño cogido en brazos y otro hijo suyo está junto a él. Es Jaume

Vicens Vives, un historiador que ha decidido convertirse en intelectual de una sociedad que sigue civilmente secuestrada. Vicens se ha propuesto que esa sociedad se redescubra, sea consciente de sus taras constitutivas y de sus potencialidades. Lo hace siguiendo el magisterio de Pla, que de manera informal le encomienda esa misión: salvar la conciencia colectiva de un país sepultado. La relación entre Pla y Vicens, que es fundacional, necesita un apoyo para que fructifique. Alguien de confianza que actúe al mismo tiempo como amigo y secretario. Esa figura en la sombra, que no aparece en los libros de historia porque su lugar es la cotidianidad sin relieve, es Josep Quintà.

Quintà padre visita al editor de Pla en Barcelona, recoge el sobre con dinero y le lleva el correo al escritor. Lo acompaña a veces cuando tiene una comida, por ejemplo con Camilo José Cela, y de alguna manera se ocupa de su agenda. Pla lo necesita. Lo recoge en Palafrugell para que se vea con Vicens en Roses y en una ocasión coincide con el catalanista católico Josep Benet. Otra mañana de luz, Vicens y Benet navegan en el velero de Quintà y Alfons sale en la foto. Otro día Quintà acompaña a Pla a Sant Feliu de Guíxols para que salude a otro viejo periodista, Gaziel, que también cena en casa de los Quintà. A veces lo recoge en el *mas* y enfilan la carretera para que Pla se vea con Vicens en el piso que el historiador tiene en Barcelona. Los lleva a Perpiñán para que puedan hablar con absoluta libertad. O los invita a comer en casa porque Lluïsa cocina el pescado que le han dado los pescadores de Roses. Entonces Quintà pone encima de la mesa un borgoña o un queso francés que ha comprado en una de sus escapadas al otro lado de la frontera. Alfons mira, escucha y registra en la memoria. Un día Vicens explica que Franco ha pedido que traduzcan al castellano un estudio suyo que se distribuye en catalán. Otro día

salen de casa para dar una vuelta por Figueres o recorrer alguna zona del Ampurdán con el Lancia. Hablan Pla y Vicens, y a veces habla también Quintà.

A lo aprendido en sus trabajos como historiador, Vicens suma esa experiencia de conversación y contemplación para seguir evolucionando y convertirse en intelectual. De ese saber se nutre su visión sobre la esencia de un país de pescadores, payeses y comerciantes. Gente que negocia, pero no gobierna. Gente que pacta en pueblos y ciudades. La escribe en un ensayo que de inmediato se convierte en un clásico: *Notícia de Catalunya*. Es el fruto de la relación de Pla y Vicens, y Quintà entre bambalinas. Es un diálogo de posguerra que refunda una cultura. Nada más imprimirse el libro, Vicens le envía un ejemplar a Quintà con esta dedicatoria: «Amigo Quintà: tú eres de las cuatro o cinco personas que, si no puedes calificar de hijo este libro, lo puedes considerar como a un ahijado. De tus conversaciones han florecido algunas de las cosas principales que se traslucen en estas páginas, de la misma manera que tu cordial amistad me ha estimulado continuamente a gestarlas». Nada de eso sería posible si Quintà no dispusiese del coche. La relación entre el que conduce y el conducido alcanza a veces una curiosa intensidad.

Ser amigo de Pla o su escudero o su caballero servidor acaba teniendo para Josep Quintà más importancia que ser marido y padre. Su único hijo primero lo intuye con desconcierto y luego lo asume con dolor. El matrimonio de sus padres ha empezado a carcomerse. El padre apenas está en casa. O está con Pla o está con los amigos de Pla. Pero no es solo el círculo de Pla. Recorre los pueblos de la zona para visitar a las costureras y venderles género, y algunas de éstas parece que

también son amantes esporádicas. Por eso cuando pasa por casa los gritos y los silencios se repiten en el piso de la avenida José Antonio. Eso le reprocha Lluïsa, eso hunde a Alfons. Y algunas no son solo amantes de una noche. Ya pasa temporadas largas instalado en el hotel Costa Brava de Palafrugell. Como mínimo una amante estable, y de esa amante tendrá hijos. Cuando Josep Quintà regresa a casa, su hijo espera el momento en que lo verá marcharse de nuevo. Cree que lo hace para vivir con otra familia. Con la mirada sigue los pasos del abandono. Ese recorrido traza una grieta en su conciencia donde se va posando el resentimiento.

A los trece años las cosas empiezan a torcerse. Al comportamiento extraño se suman los suspensos en la escuela. Curso 56/57. Las seis asignaturas que había suspendido las aprueba en la convocatoria extraordinaria. Pero el siguiente año escolar ya no aprobará ciencias naturales ni tampoco matemáticas ni siquiera en la convocatoria extraordinaria.

Josep Pla tiene poder. Su poder es poder decir la verdad. No es poder político ni económico. Tampoco institucional. No es el poder del cuarto poder porque ése es un poder menguado cuando no hay libertad de expresión para poder decir la verdad. El poder de Pla es intelectual. Blando e informal. Lo atesora y lo desprende. Lo nutre su experiencia, sus lecturas y su sagacidad. Y ese poder llama a los otros, porque las ideas, en última instancia, actúan como el fundamento donde el poder no se transmite pero sí se regenera. Durante medio siglo Pla ha seducido a elites sucesivas con ese poder. A catalanas y no pocas españolas. Elites políticas, económicas, culturales o periodísticas. El lugar donde Pla despliega su seducción es una mesa donde se come y se bebe y el eje son sus palabras.

Con su mirada, incapaz de esconder sus emociones, y su discurso, que podía partir de una anécdota y tras un chascarrillo, Pla tenía la capacidad de hacer viajar en el tiempo a su interlocutor y trasladarlo a la memoria del siglo o al corazón del mundo. El poder intelectual es el de la influencia de las ideas.

En el ejercicio material de esa influencia, Josep Quintà actúa como un instrumento indispensable. A veces en mesas distinguidas de Barcelona, pero casi siempre en restaurantes de comida tradicional del Ampurdán. En especial cuando llega el verano y los hombres del poder duro se instalan en sus segundas residencias. Y es así como Quintà, entre plato y plato, acaba siendo uno más de la red de Josep Pla. Es un círculo que se va ensanchando en torno a Pla. No son solo los amigos de Palafrugell. No es solo Vicens. Serán empresarios, financieros y economistas. Quintà los conoce, los ve y les habla de tú a tú porque él también tiene su poder: el capital social que significa haberse convertido en la mejor vía de entrada para acceder a Josep Pla. Para mantener ese capital, que se ha ganado conduciendo, se necesita dominar algunos códigos. La buena educación, el capital que da la información y una agenda. Así puede asistir al despliegue del poder intelectual de Pla, aprender cuál es la dinámica de la influencia. Cuando ha podido la ha usado en beneficio propio, de los suyos o de sus amigos. ¿Podría pedirle a ese profesor, amigo Vicens, que apruebe a mi hijo? Ése es su poder. Poder es la producción de los efectos deseados. Si no eres influyente —si no puedes descolgar el teléfono o pedir un favor cuchicheando al oído cuando los otros apenas se dan cuenta y al fin conseguir lo que pretendes— no estás dentro. Quintà lo está. Su hijo Alfons, mientras acumula resentimiento, lo ve.

El diálogo entre Pla y Vicens es tan potente que gesta un nuevo poder intelectual. Vicens lo usa para establecer con-

tacto con el poder político y trata de influir en él. De eso hablan con Pla y eso escucha Quintà. Hablan de lo que más les importa. Libros y política. «Informe político. Impresionante efecto», consigna Pla en su agenda el 23 de febrero de 1956, después de una comida en casa de Vicens. Y Quintà se sienta a la misma mesa, participa de la misma conspiración burguesa. Al día siguiente, aún en Barcelona, se celebra una cena en un restaurante de moda, el Glacier. Repiten los tres con pocos comensales más, y al día siguiente Pla y Quintà vuelven juntos al Ampurdán. Si no fue en la cena del Glacier cuando se lo contó, debió de hacerlo en el vagón del tren que compartían y que tomaron en la Estación de Francia. No había sido una comida cualquiera. Es un almuerzo con otro poder. No el suyo, que es el intelectual. Es un poder al que escritores y periodistas no acostumbran a acceder. El poder del dinero.

Su anfitrión es un seductor Manuel Ortínez. Treinta y cinco años. Conectado con la Costa Brava a través de su esposa, Ortínez es devoto del escritor. Uno más. Le gusta su prosa, le fascina del mismo modo que magnetizó a Vicens. No pierde la oportunidad de una sobremesa con él, contemplar cómo hablando abre la caja negra donde se revelan los códigos de un país, de sus líderes, de la política. Ortínez, que es capaz de identificar como nadie quién tiene poder, sabe que Pla lo tiene y quiere que conozca a su jefe: Domingo Valls i Taberner. Puro poder económico. El hombre más determinante en el sector económico de mayor peso, todavía, en Cataluña: el textil. Quiere que se conozcan. Que Valls le revele los secretos de la burguesía, los que Ortínez gestiona.

Listo y elegante, bien relacionado y con determinación para conseguir lo que necesitaba, Ortínez pronto fue cooptado por los grandes empresarios. A ellos les facilitó una red

de contactos privilegiada con el Madrid político. Llegaba a los despachos de los ministerios económicos, sobre todo Industria, y lubricaba esa red con maletines repletos que llenaban esos burgueses catalanes. Ejerce el cargo de consejero director del Servicio de Comercio Exterior de la Industria Textil Algodonera. Era el lobby del que se había dotado la que todavía era la principal industria catalana. A esos industriales la autarquía de la dictadura les ha concedido una prórroga y, a corto plazo, sacan gran rendimiento de esa situación anómala. A Ortínez los industriales del textil lo habían contratado para que con la mano derecha cuidase la estrategia pública del lobby a la vez que, con la izquierda, moviese los hilos de la estrategia invisible y no menos necesaria para el grupo: diseñar los vericuetos del fraude fiscal que el poder político del régimen mira sin ver. Pocos conocen tan bien el método de evasión de capitales. Tiempos turbios. La corrupción está institucionalizada.

Ortínez conoce las leyes del fraude y sabe cómo aplicarlas. Sabe cómo engañar al Estado para obtener los dólares y comprar el algodón que necesitan los industriales para los que trabaja. Tánger. No es Casablanca, pero allí también se juega. En la economía de la ciudad hay catalanes bien situados. Algunos dirigen bancos, algunos los tienen en propiedad. Es el único mercado libre de intercambio de divisas donde la peseta es aceptada. Allí se podían cambiar pesetas por dólares, pero la cuestión era cómo conseguir que las pesetas saliesen de España para llegar a la ciudad marroquí y allí efectuar el cambio. Este delito implicaba crear una estructura estable de contrabando de capitales. En Barcelona, dos socios tienen los contactos necesarios para blanquear la operación. Los grandes industriales, a través de Ortínez, contratan sus servicios. Uno de esos pícaros es David Tenenbaum. El otro espabilado es Florenci Pujol, un hombre

hecho a sí mismo que se gana la vida como agente de Bolsa. Juntos actúan *de facto* como testaferros de los industriales del textil. La mecánica es conocida. Los hombres de negro de los industriales le entregan a Pujol sacos llenos de billetes de cien pesetas. Su socio los hace llegar a Tánger. Algunos bancos —en especial el Banco Inmobiliario de Josep Andreu Abelló— aceptaban las pesetas y las transformaban en dólares en cuentas abiertas en Estados Unidos o Suiza. Por hacer aquella gestión, faltaría más, Tennenbaum y Pujol cobran una comisión. Parte del dinero lo dejan en Suiza. Con otra parte del dinero del contrabando, más el que gana como agente de Bolsa, Pujol, fascinado por el activismo antifranquista de su hijo Jordi, compra un banco. El 18 de marzo de ese 1959 se celebra la junta de accionistas de la Banca Dorca. La familia propietaria vende las acciones al grupo de Pujol. Dos años después la entidad pasa a denominarse Banca Catalana.

Ese 24 de febrero de 1956, Valls i Taberner no dedica la comida a relatarle a Pla esos tejemanejes, por descontado. Pero Pla no es un ingenuo. «El seguro contra la precariedad de las dictaduras ha sido siempre y en todas partes la evasión de capitales», escribiría en sus notas personales, «sobre esta evasión la dictadura de Franco ha hecho la vista gorda, naturalmente.» Durante esos años de fracasada autarquía económica, algunas personas ganaron muchísimos millones con estas maniobras opacas. Pero un poder fundado en la corrupción, cuando esa corrupción es sistémica, aunque no tenga un contrapoder que lo cuestione, acaba corroyendo la estabilidad del Estado. A mediados de los cincuenta ésa era la situación en España, y el franquismo, para permanecer en el poder, busca y encuentra el mecanismo para estabilizarse. En ese período de transición de la dictadura autárquica a la dictadura capitalista, que tiene la economía como motor,

empieza a tramarse la relación entre Pla y Ortínez. Intercambian sabiduría por información. Incorporan a grandes figuras a su círculo. Economistas como Joan Sardà y Fabián Estapé, que son los autores intelectuales del Plan de Estabilización que en 1959 cambiará España para siempre. También Armand Carabén. A veces el ensayista Joan Fuster. De manera informal, cena tras cena, van constituyendo una especie de Camelot. Sentados en una mesa redonda, piensan en el futuro del país y tienen capacidad de decisión sobre la política real. De esos cambios y de ese país hablan cruzando en la conversación diversos poderes. Intelectual, económico y político. Quintà escucha. A veces lo acompaña su hijo. Alfons Quintà aprende. Pla lo conoce desde siempre. Es el hijo de su amigo. Alfons es el hijo del chófer. Han viajado juntos. Le ha regalado libros. Como ese día que, hablando de filosofía, el chaval manifestó interés y Pla no dudó en darle su ejemplar del diccionario de Ferrater Mora.

Pero Pla también sabe que algo va mal. El padre no puede ocultarlo y empieza a pedir favores a los amigos. El hijo del chófer tiene ya dieciséis años y está hundido.

El curso 58/59 Alfons Quintà empieza estudiando internado en el instituto Saint-Louis de Gonzague de Perpiñán. Desde allí, en noviembre, escribe una carta a Pla. Su padre le recomienda mantener correspondencia con el escritor. Le pregunta si irá o no a entrevistar a Pau Casals, le habla de otro escritor catalán exiliado —Josep Maria Corredor— y le agradece un libro que le había prestado. «Muchas gracias por lo que se preocupa por mí.» Pero las cosas tampoco se encarrilan. Tampoco servirán los golpes que en otras ocasiones le había propinado su padre, incluso con la hebilla del cinturón, palizas cuyas marcas ya no se borrarán de su cuerpo. Los golpes eran un trauma más relacionado con el padre Josep Quintà, y que se sumaba a su naturalizada doble vida.

Claro que lo sabía y, en los momentos de bajón, como el bumerán de la tristeza, le golpearía de nuevo. No era solo el trabajo, los viajes y las ventas de tejidos. No eran solo las escapadas a Francia y el regreso con los quesos y los vinos. El hijo sabe que su padre volverá a marcharse y sabe que su familia es una farsa y sabe que a su padre quien más le importa no es él sino Pla. Pla y su circunstancia. La red de influencia y los secretos atrapados dentro de la red para blindar esa influencia y conectar con el poder. El padre vive en esa red, está dentro de ella, lo ilumina la luz de Vicens y el oro de Ortínez. Pero al vivir allí, desampara a un hijo que va de la extravagancia a la enfermedad, condenándole a la huida del vacío y a la venganza para paliar el odio y la rabia que acumula.

Ciento treinta millones de dólares del Gobierno de Estados Unidos. Cien millones más de la Organización Europea de Cooperación Económica. Setenta y cinco del Fondo Monetario Internacional. Sesenta y ocho de la Banca Privada de Estados Unidos. Y cuarenta y cinco a través de la consolidación de deudas bilaterales con países europeos. 418 millones de dólares que debían usarse para hacer lo que Franco afirmaba en el decreto ley del 21 de julio de 1959: «Ha llegado el momento de iniciar una nueva etapa que permita colocar nuestra economía en una situación de amplia libertad». El Plan de Estabilización lo aprueba el dictador y es la clave de bóveda de la transformación ya no del Estado sino del país. Lo ha ideado, de manera destacada, Joan Sardà —por entonces director del Servicio de Estudios del Banco de España—, con la ayuda, entre otros, del catedrático Fabián Estapé. Sobre ellos dos, pocos días después de aprobado el

Plan, hablan Ortínez y Pla, que lo plasma en sus libretas fascinado y desconcertado. «Son socialistoideas, para no decir comunistoideas, tienen un desprecio perfecto por la burguesía, pero colaboran y son los agentes más activos en la salvación de este régimen de abyección de Franco.» Había mucho antifranquista en el franquismo, le dice Ortínez. Pla extrae una lección: «Las dictaduras lo corrompen todo, porque como solo pueden combatirse desde dentro, crean apariencias de duplicidad escandalosas».

¿Hasta qué punto ellos dos, Pla y Ortínez, han naturalizado esa duplicidad? Aparentemente la trayectoria de Pla puede ser vista como la de un colaboracionista. Ortínez, por su parte, le dijo a Pla que había colaborado y, si pudiese, colaboraría todavía más para desenmascarar la burricie del sistema. Políticamente Ortínez piensa en grande. Lleva a la práctica una estrategia de influencia dentro de la dictadura, pero su ambición desbordaba los límites del régimen. No hay poder completo sin contar con el cuarto poder. Siguiendo sus indicaciones los industriales del textil adquieren buena parte de la propiedad de *El Correo Catalán*. Su hombre en el periódico es el periodista Manuel Ibáñez Escofet, que también es responsable de prensa y propaganda del Servicio de Comercio Exterior de la Industria Textil Algodonera. Naturalmente Pla empieza a escribir en sus páginas. No negocia con el director sino con la propiedad. El discurso del periódico es claramente favorable a la estabilización económica, pero al mismo tiempo Ortínez muscula una alternativa por si el sistema entrase en crisis.

A petición de éste, a través de una de sus cuentas opacas, el lobby del textil empieza a financiar al presidente de la Generalitat de Cataluña en el exilio. Josep Tarradellas tiene sesenta años. Vive en una casona en Saint-Martin-le-Beau, en la región del Valle del Loira, a unos doscientos cincuenta

kilómetros de París. Ha fundido su vida a una institución abolida, que pervive en el recuerdo y se conserva solo en el papel de carta donde imprime su sello. Lleva lustros manio-brando para seguir siendo la única personalidad relevante en ese mundo de despojos, pero sabe que el valor político de la expatriación es nulo. Apuesta por reinventarse y decide que la mejor estrategia es establecer contacto con figuras del interior. Para conseguirlo necesita los mejores recursos humanos y algunos recursos económicos para mantenerse a flote. Persigue a cómplices no entre el activismo antifranquista sino entre los círculos del poder catalán; ese hombre será Ortínez e identifica a Vicens Vives como la personalidad clave. Porque Vicens pendula hacia el antifranquismo y conspira con actores del interior y del exilio. En Perpiñán se reúne con el veterano dirigente socialista Manuel Serra Moret. Ha ido allí con Josep Quintà. Para no levantar sospechas, en los asientos de atrás, dos niños. Albert Vicens y Alfons Quintà. Quintà padre se integra en la conspiración política. Organiza una nueva reunión. La de Tarradellas con Pla en París. Viajan en el coche de Ortínez y conduce Quintà.

El objetivo es perfilar la nueva estrategia de Tarradellas. Ante los industriales del textil, su oferta es desactivar la tentación revolucionaria y liderar una alternativa moderada y pactista. Es una vía de actuación que tendría que interesar a la elite económica, que lo pretende seguir siendo después de Franco. Que todo cambiase para que el dinero no cambiase de manos. Tarradellas se ofrece como un seguro a los burgueses para los que trabaja Ortínez. Pla cumple perfectamente con el encargo implícito de Ortínez. El largo informe de la reunión que escribe debe funcionar como la carta de presentación del presidente exiliado ante la burguesía catalana. Su propósito diría que era justificar una inversión o aumentarla. Su argumento era presentar al viejo republicano

como un actor estabilizador para cuando se produjese la fase de cambio político. Tarradellas era viejo, de acuerdo, pero no era un político del pasado sino una posibilidad de futuro. Pragmático, consciente de la dinámica real del poder —la política, como ocurre siempre y él reiteraba, se adapta al dinero— y con ideas claras sobre la economía.

Tarradellas tenía el relato, pero le faltan argumentos para sustentarlo. Quienes deben ayudarlo son un equipo de pocas personas, coliderado por él y Vicens Vives. Necesita el equipo y recursos. Y en la sala de máquinas de la operación, Josep Quintà. Es el enlace. Lleva la agenda. Atiende llamadas. Transmite mensajes. Porque durante las semanas posteriores a la reunión, Tarradellas no para. O dice que no para. El lunes 14 de marzo Tarradellas habla por teléfono con Quintà para fijar un nuevo encuentro con Pla y Ortínez. Para que la conversación con el político exiliado sea segura, Quintà se ha desplazado a Perpiñán. Hablan a la hora convenida y, después de colgar, se sube de nuevo al coche, cruza la frontera y regresa a Figueres. Nada más llegar redacta una misiva en un papel de carta de la zapatería El Globo detallándole las instrucciones a Pla. Lo irá a buscar el viernes 18 al *mas*, cenarán en Figueres y al día siguiente, en Carcasona, se celebrará la nueva entrevista con Tarradellas, a la que asistirá también Ortínez.

En esa carta la mujer de Quintà, Lluïsa, escribe unas pocas líneas. No es la primera vez, pero aquí no se limita al saludo amistoso de costumbre: «Me gustaría mucho hablar con usted un momento». Es extraño. ¿Por qué Lluïsa Sadurní quería hablar con Pla?

La reunión de Carcasona del día 19 transcurrió como estaba previsto. El día 20 una nota manuscrita en un papel con el membrete del hotel La Résidence especifica los nombres de los miembros del equipo y su papel. Tarradellas,

responsable del área de organización política y relación con la CNT. Ortínez, encargado de las relaciones con la burguesía industrial. Vicens Vives, contacto con la Iglesia, sobre todo con la abadía de Montserrat. Y para los asuntos económicos, Joan Sardà, colaborador de Tarradellas durante la guerra y cerebro del Plan de Estabilización. ¿Hasta qué punto estaban todos ellos comprometidos? Tarradellas sin duda. Ortínez también. ¿Los otros? Quintà, que no es uno de los miembros del equipo, pero está en la operación, sin duda. «Tenga la seguridad de que, en lo poco que esté a mi alcance, tendrán la máxima ayuda.» El domingo día 20 Quintà y Pla regresan al Ampurdán, comen con gente influyente de Barcelona, y hablan de Tarradellas. Al principio de semana Pla y Quintà van a Barcelona, se reúnen con Ortínez y comentan que muy bien el encuentro. Pero Vicens enferma y no se cura. «Aún está enfermo, mejora de una manera lenta, éste es un contratiempo», le escribe Quintà a Tarradellas.

La evolución de su enfermedad se la detalla Vicens a Pla en una carta redactada días después. Tiene problemas respiratorios. «Se ve que me contagié con un virus muy peligroso, del tipo de la gripe de 1918, y que si no hubiésemos tenido los recursos médicos actuales en pocos días me habría ido de este mundo.» La carta está escrita el 15 de abril de 1960. En las líneas finales Vicens le habla de los Quintà. De Josep y de Alfons: «No me atrevo a decirle a Quintà las noticias que tengo de su hijo. Hace el vago por Girona, sin el menor sentido de la responsabilidad. No va a clase, no pasea, no juega al fútbol, nada de nada. Es la abulia absoluta. Es necesario que su padre lo ordene, porque si no, le dará un disgusto. Y para ordenarlo no hay otra solución que hacerlo trabajar en el comercio, empezando por el cargo más modesto, ¡y a espabilarse! Hablaré con él en este sentido, sin concretar —aunque sé que ya tiene

un suspenso asegurado—; pero deberíais hacerle unas reflexiones generales, ya que él os tiene una admiración sin límite. Aunque lo que os propongo sea duro, creo que para eso estamos los amigos. El pequeño Quintà no sirve para estudiar; cuanto antes empiece a *pencar*, mejor». De su hijo quería hablar Lluïsa Sadurní con Josep Pla. La situación se ha desbordado. Lo sabe incluso Josep Tarradellas: «Mi mujer y yo nos preocupamos por vuestro hijo; ya verá que haremos todo lo posible para resolver su mal». 14 de abril de 1960. Alfons Quintà tiene dieciséis años.

La Casa Americana de la embajada de Estados Unidos concede becas para estudiantes de bachillerato. Una ayuda para estudiar en Estados Unidos durante un curso y con alojamiento en casa de una familia norteamericana. Los candidatos deben tener dieciséis o diecisiete años. El expediente académico tiene que ser bueno y el nivel de inglés se certificará con un examen. «Al efectuar la selección, serán considerados de gran importancia la personalidad y el carácter de los candidatos. Asimismo se juzgará si ha de ser un buen representante de su país en los Estados Unidos.» La solicitud debe presentarse antes del 30 de noviembre de 1959. Alfons Quintà lee la noticia en *La Vanguardia* del 8 de noviembre y le propone a su padre que ésa puede ser una solución. Marchar un año a Estados Unidos. Pero el padre o no lo ve, o está por otras cosas. El hijo necesita una autorización paterna para hacer la solicitud y el padre, por dejadez o precisamente porque está angustiado por su comportamiento, decide no firmarla. Y la negativa no hace otra cosa que ensanchar la distancia entre los dos. Alfons ya está más cerca del odio que del amor.

Aquel verano de 1959 Alfons ha viajado en coche junto a su padre y Josep Pla por el norte de España. Si alguien puede vencer las resistencias de su padre es Pla. Le escribe una carta a Palafrugell el 11 de noviembre: «Le ruego que usted solo le comente la posibilidad de que yo vaya [a Estados Unidos]. Espero que le aconsejará sobre lo que crea más conveniente, porque sobre mí está indeciso y confundido y ya he perdido más de un mes de clase». Junto a la carta adjunta el recorte del periódico. Pero el adolescente se queda en su país y pierde el curso sin hacer nada. Vagabundea. Son las informaciones que transmite Vicens a Pla. Ya puede mover los hilos su padre para que los profesores del instituto lo aprueben. No es ése el problema. Tampoco es incapacidad para concentrarse.

El adolescente Quintà empieza a leer compulsivamente los libros que compra en la librería de Ramon Canet (no olvida la lectura de *El jugador* de Dostoievski) o se familiariza con alguna prensa extranjera, para empezar, el *International Herald Tribune*. La abulia y el vagabundeo solitario por las calles de Girona más bien parecen signos de una temprana depresión no diagnosticada y que empeora. Naturalmente su padre se preocupa. Es consciente de que algo falla. La situación es suficientemente complicada para confesársela a Josep Tarradellas. Se lo ha comentado en Carcasona. Y Tarradellas, al volver a la casa de campo donde vive, lo comenta con su mujer y ella pregunta en el liceo donde estudia su hijo si tendrían plaza para el hijo de un amigo. Incluso le buscan una familia de confianza entre el vecindario para que le acojan. Los Tarradellas saben la verdad. Que está enfermo. Meses después le preguntan a su padre por una operación. ¿Ha ido bien? Desean que Alfons ya se haya restablecido.

Abril de 1960 es un período crítico para Alfons Quintà. Rompe con su mundo. Corta presentándose como un revo-

lucionario. Sobre todo necesita huir. Vivir lejos de su padre, marcharse de Figueres. Cortar con los orígenes. Borrar el abandono. ¿Cómo hacerlo? Probablemente desde Barcelona redacta una carta que es la temprana radiografía de un espíritu torturado. El destinatario es Josep Pla y su padre no debe leerla. Trama una estrategia de ocultación por si cayese en manos de su padre, que a veces le lleva la correspondencia a Pla. La meterá dentro de un sobre en cuyo remitente escribe un nombre falso. No la enviará por correo convencional. La colocará en medio de un libro. Y a mano, garabateando letra menuda, justificará su estratagema. Lo que Alfons escribe no debe saberlo Acates. Quien lea la carta sabe de quién está hablando. Es un personaje literario. El acompañante de Eneas, el fiel amigo, el que siempre está cuando el héroe lo necesita. Acates es Josep Quintà. El héroe de Josep Quintà es Josep Pla. El enemigo de Alfons Quintà es Acates, su propio padre. Éste es el esquema de la tragedia y, en la arquitectura sentimental del adolescente, se mezclan rabia, rencor y desesperación. La carta es un espejo y refleja inteligencia. Una inteligencia en parte infantil y en parte maligna.

Señor:

Imagino que tan desagradable le será a usted recibir esta carta como a mí escribirla. Si así lo hago es porque no tengo más remedio.

Repetidas veces he pedido a mi padre que me firmase una autorización para poder pedir el pasaporte y otra para poder sacarme el carné de conducir. Las dos cosas, principalmente la primera, son vitales para mí si se tiene en cuenta la profesión que ejerceré el año que viene.

Si no lo pido antes de un mes deberé esperar dos años, ya que me encontraré en edad militar y por eso necesito la autorización *urgentemente*.

Como que a usted, burgués, mis necesidades de no burgués le deben hacer gracia, el motivo de la presente no es pedirle sus buenos oficios, sino comunicarle lo que sigue.

Si antes del 30 de este mes de abril mi padre no ha accedido incondicionalmente y no ha firmado las dos autorizaciones antes mencionadas, y teniendo en cuenta que si no lo hace sería completamente ilógico y la única explicación que tendría es que fuese una venganza personal, yo me vería en la necesidad de comunicarle al señor Juan Vicente Creix, inspector jefe de la Brigada Política Social de Barcelona con quien tengo relación, todo lo que sé sobre ustedes y otros miembros del «equipo». Eso me resultaría muy desagradable si se tiene en cuenta que a quien más comprometería sería al señor Ruiz del Valle, policía de Girona, que nada tiene que ver con sus puercas maniobras.

Aprovecho la ocasión para recordarle que es un delito grave verse en el extranjero con señores como Josep Tarradellas y Serra Moret, y de uno de estos encuentros tengo constancia fotográfica. Además le hago saber que tengo cartas del señor Tarradellas dirigidas a mi padre.

Espero de su espíritu de raciocinio que comprenderá que, por ser tan natural e insignificante lo que le pido, a lo que tengo derecho, que no será necesario llegar a extremos tan desagradables para todos. De todas formas *le doy mi palabra de honor de que en caso de que mi padre se negase, haría lo que le he dicho.*

Le recuerdo que la fecha límite es el día 30 del mes en curso. Este día por la mañana telefonaré a mi madre para decirle si sabe si mi padre ha accedido y *ha hecho* lo solicitado.

Espero que esta carta defina exactamente y para siempre nuestras futuras relaciones.

Quintà

Quiere sacarse el carné de conducir y quiere tener pasaporte para poder irse del país. Pero es menor de edad, solo tiene dieciséis años, y necesita una autorización paterna. Josep Quintà no se la da y no hay manera de que su padre reconsidere la decisión. Las consecuencias inmediatas alteran sus planes de vida: no podrá trabajar en lo que tiene previsto y le tocará cumplir con el servicio militar. ¿Cómo puede ser que su padre le deteste tanto? Solo encuentra una explicación para esa conducta: el afán de venganza. Y como tiene que responder al ataque, Quintà encuentra una manera rebuscada para amenazarle. No solo a su padre. También al hombre de la vida de su padre. También a Josep Pla.

Los puede destruir con la información de la que dispone y sabe a quién le puede interesar. Lo que Alfons Quintà sabe implica a un inspector de policía: Eduardo Ruiz del Valle. Es el jefe del departamento de Policía de Fronteras de Cataluña, y de la argumentación de la carta se desprende que esa persona permite a Quintà cruzar la frontera, pero que desconoce qué motiva los viajes de Pla y su padre. Alfons lo sabe. «Maniobras puercas». Puede referirse a los viajes que Pla hará acompañado de su padre para ingresar dinero en cuentas suizas o puede referirse a los viajes de conspiración política. ¿No sabe Pla que están en una conspiración ilegal? Porque Alfons Quintà sabe quién es quién. Sabe quién es el dirigente socialista exiliado Manuel Serra i Moret y sabe que Tarradellas es el presidente exiliado. Que se conocen puede demostrarlo, en el primer caso, porque tiene fotografías que atestiguan que se habían reunido en Perpiñán. De Tarradellas tiene las cartas que le ha dirigido a su padre. Tiene el relato, tiene los nombres y tiene las pruebas. Quintà tiene información y está dispuesto a usarla para chantajear a Josep Pla. La información es poder. Quintà lo aprende pronto. Porque sabe también a quién puede interesarle lo que

sabe. No dice la policía. Explicita el nombre del comisario de la Brigada Político Social de Barcelona: el torturador Juan Vicente Creix.

¿Tiene relación Creix con Quintà? ¿Qué tipo de relación? O es un farol o es el tipo de relación que se desprende de la carta: podría ser un confidente. Porque así amenaza a Pla. Si no consigue que su padre haga lo que él pide, los delatará. ¿Qué debe pensar Pla cuando lee la carta? Podría parecerle una chiquillada, pero también puede provocarle miedo. Porque a ese chaval lo conoce desde que ha nacido y, aunque a Pla los niños le importan más bien poco, sí sabe que aquél es problemático. O porque lo ha calado o porque se lo ha confesado su padre. Además, su amigo Vicens Vives se lo explica con cierto pormenor. Porque Vicens tiene razón. Lo de ese adolescente que se define ya en términos de clase y que le amenaza es un auténtico problema. Lo que Alfons Quintà ha descubierto es que la información sobre la conducta de los otros puede usarse como un poder para conseguir lo que uno quiere. Lo que Quintà parece no tener en cuenta es que su deseo no es una orden, y esa confusión, que es incapaz de resolver porque le obligaría a reconocer que su conducta se basa en el chantaje, se convierte en un elemento constitutivo de su personalidad adulta. Parece que los otros no le importan. Solo le importa él mismo.

Con la muerte de Jaume Vicens Vives en junio de 1960, la operación Tarradellas queda abortada. Tarradellas mantiene el contacto postal con Josep Quintà porque era la mejor manera de intentar mantenerlo activo con Pla, pero a Pla Tarradellas cada vez le parece menos interesante, arrugándose con un relato que poco tiene que ver con un presente de

cambio. El político vuelve a ser un exiliado en el olvido, mientras el escritor sigue magnetizando el poder económico, en conexión con la política, que se ha regenerado con los Planes de Desarrollo. Emerge una burguesía moderna y que planta el mástil de su poder en la Costa Brava para reproducir las relaciones de las capitales y para reproducirse. En esas rutas del poder algunas van y vienen del Mas Pla a restaurantes de la zona. Aparece Pere Duran Farell —que lidera la llegada del gas desde Argelia— o veteranos que se han sabido adaptar a las nuevas coordenadas, como el economista Sardà —que sigue vinculado al Gobierno—, el periodista Ibáñez Escofet —cada vez más prestigioso en la prensa de Barcelona— o el financiero Ortínez —que a principios de 1963 deja de ser el estratega del textil, que va a menos, y se vincula al sector bancario, como delegado del Banco Bilbao en Cataluña—. Éstos son los hombres del Camelot de Pla.

Josep Quintà sigue sentado ante la mesa redonda que Pla congrega a su alrededor esté donde esté. Quintà los escucha, bebe con ellos y cuando termina la fiesta acompaña a Pla a su casa mientras el sol y la resaca vencen a la última copa de whisky y a la madrugada. El padre sigue integrado en la red, junto a la elite burguesa que pilota alguna de las dimensiones del desarrollismo en Cataluña, pero su hijo se descuelga de ese mundo. Su salida vital es el mar. Navegar para liberarse. Estudia en la Escuela de Náutica de Barcelona para hacerse oficial de la Marina Mercante. Durante un tiempo trabaja como marino en la ruta entre Barcelona y Menorca. En abril de 1963 es uno de los pocos oficiales que, previa solicitud oficial de ingreso, es admitido provisionalmente en la Milicia de la Reserva Naval, como consta en el *Boletín Oficial* del Ministerio de Marina. En el curso 63/64 empieza la carrera de Económicas en la Universidad de Barcelona. Está

politizado y le interesa el cine. En una revista universitaria, clandestina, publica una crítica de *Nunca pasa nada*, de Juan Antonio Bardem, que se estrena ese 1963. También participa en un cinefórum donde se ve y se discute la épica soviética de *El acorazado Potemkin*. Tras la sesión unos pocos deciden improvisar una manifestación, fugaz como solo pueden serlo entonces.

Ese día conoce a Inmaculada. Empiezan a salir juntos. Él va a su casa a buscarla y caminan horas y horas por Barcelona. A ella, que estudia Filosofía y Letras, le parece que Alfons está absolutamente al día de las últimas novedades intelectuales francesas. Le deja libros, números de *Les Temps Modernes*. Y mientras caminan, él se confiesa. Lluïsa, su madre, es una mujer desgraciada por culpa de su padre. Lo odia. Es un odio absoluto cuyo fundamento es la conciencia reiterada del engaño. Una amante detrás de otra. Alfons lo repite obsesivamente y mezcla el odio con el afán revolucionario de acabar con la realidad burguesa en la que viven. Su compromiso parece absoluto. Tienen que estar preparados para cuando llegue la revolución, y estar dispuestos a los sacrificios que sean necesarios. El primero, no tener hijos. Para un revolucionario no hay otra causa que la revolución. Y cuando habla de revolución, habla de lucha armada. El paseo larguísimo que ha empezado a primera hora de la tarde los ha llevado hasta Montjuïc. Allí hay un campo de tiro. Y Quintà dispara, preparándose para la revolución y pensando en su padre. Hasta que la utopía violenta queda desactivada en un vagón de tren.

Tren número 1160. Estación de origen: Portbou. Estación de llegada: Barcelona. Él sube en Figueres. Dos guardias civiles de la aduana volante revisan las maletas del pasaje. En la suya encuentran unos veinte libros, la mayoría escritos en francés. Una fotografía de Lenin ilustra la portada de uno de

ellos. Al propietario de la maleta lo detienen acusado de propaganda ilegal. En el atestado, la policía dirá que eran cuarenta y cuatro libros, ocho revistas y tres folletos, ejemplares de periódicos y recortes de prensa. Metralla ideológica comunista y «una bandera catalana separatista». En Barcelona la autoridad le pidió que lo llevase a su piso para hacer un registro. Más de lo mismo. Libros, folletos y revistas de la misma ideología. Es el 3 de junio de 1964. Dos semanas sin libertad.

La red de Pla se activa. El 22 de junio el escritor consigna en su agenda que han dejado a Alfons en libertad provisional. Pero queda pendiente el juicio en el Tribunal de Orden Público. El día 25 de junio Pla y los Quintà —padre e hijo— se desplazan a Barcelona y se ven con Ortínez, Carabén o Ibáñez Escofet. Un día el joven va al camping donde Inmaculada está trabajando. Lo acompaña su padre. Hablan un rato. Se despiden. La pareja no se verá nunca más. Parece el último verano de Alfons Quintà ligado a su padre y a la red de Pla. La noche del 25 de julio se apunta a la comida de la elite empresarial a la que se han sumado dos invitados que llegan al Mas Pla en el coche de los Quintà: son Joan Fuster y el cantautor Raimon. Cenan. Beben. Hablan y vuelven a beber. La madrugada les atrapa con el vaso en la mano y se quedan a dormir en la casa. Aprovechando que Dionisio Ridruejo ha vuelto del exilio y veranea en la Costa Brava, los Quintà lo visitan en Tamariu y le piden un favor. ¿Podrían recomendarle un abogado que defienda a su hijo ante el Tribunal de Orden Público? El antiguo falangista, que ya es un socialdemócrata de oposición, tiene un buen candidato: el monárquico Fernando Álvarez de Miranda.

Una vez que ya tienen abogado, el padre Quintà se mueve buscando contactos para influir en el jurado. Escribe a un hombre del cuarto poder perfectamente integrado en el sis-

tema, alguien que ha conocido en la red de Pla y que veranea en Calella. Es Carles Sentís. Es la máxima expresión del capital social consolidado gracias a su presencia en los medios oficiales. No se han visto desde hace años, pero él tal vez podría hacer algo. Josep Quintà le pide que plantee el caso de su hijo a algunos de los jueces del tribunal. La carta está fechada el 14 de septiembre y la vista oral se celebrará el día 26. «Espero comprendas mi estado de ánimo, que es lo que me lleva a pedirte este favor; inútil es decirte que estoy a tu disposición para cualquier cosa que quieras de mí siempre.» Sentís cumple. Escribe a José Antonio P. Torreblanca. Le explica lo sucedido y así descubrimos cuál podía ser la condena.

«El fiscal ha pedido tres años y cien mil pesetas. Su caso se ve el sábado próximo. El sumario es el 124/64, rollo 163/64. Esta petición del fiscal me parece realmente desmesurada no solo en el aspecto procesal. Con casos como éste, creo yo, se fomentan en determinadas personas jóvenes unas apreciaciones que, en principio, no tendrían.» El día 26 se celebra la vista. Una de las cuatro de esa mañana. La agencia de noticias Cifra difunde un comunicado de prensa que acaba así: «Por último se vio la causa seguida contra Alfonso Quintà Ladarnuy —sobrino de José Pla— a quien el fiscal pidió tres años de prisión menor y multa de cien mil pesetas por el delito de asociación y propaganda ilegal». El día 30 es condenado con pena de cárcel. Seis meses y un día. No deberá ingresar en prisión, pero sí pagar diez mil pesetas (si no las pagaba estaría un mes arrestado). Fernando Álvarez de Miranda decide presentar un recurso. No es propaganda ilegal y lo defenderá en el Tribunal Supremo. Es una politización de su caso. Alfons Quintà lo comenta con Josep Benet, al que había visto de pequeño navegando en la barca de su padre en Roses y que ya es un abogado que defiende a mili-

tantes antifranquistas en el Tribunal de Orden Público. Lo hablan saliendo del despacho donde trabaja Benet, el día que se manifiestan juntos en la Plaça del Rei para protestar por que el régimen y las tensiones internas han conseguido que el abad Escarré de la abadía de Montserrat —un símbolo religioso y político— tenga que marcharse a vivir a Italia. Al centenar de personas congregadas los dispersan rápidamente las porras de los grises.

Antes de celebrarse el nuevo juicio, Alfons Quintà es expulsado de la Reserva Naval. «Jefatura de Instrucción. Milicia de la Reserva Naval. Bajas. O.M. 2341/65 por la que se dispone la baja en la Milicia de la Reserva Naval del cabo segundo Alfonso Quintà Sadurní.» *Diario Oficial del Ministerio de la Marina* del 5 de junio de 1965. Todo se está torciendo. Tres semanas después recibe una comunicación oficial que es la puntilla a su proyecto de vida. Ni la Marina Mercante ni Económicas. Debe incorporarse al servicio militar. Es destinado a la fragata *Sarmiento Gamboa* de Cartagena. Tampoco podrá examinarse. Tiene veintidós años, casi veintitrés. Si nadie lo remedia, le toca cumplir con el servicio militar hasta 1967. El esfuerzo de más de un lustro para huir del origen concluye con un interrogante. ¿Qué será de su vida?